

COLECCIÓN  BICENTENARIO

**TRES MOMENTOS EN LA CONFORMACIÓN DE LA IDENTIDAD  
NACIONAL HONDUREÑA**

MARIO ARGUETA







### **Representante Residente del PNUD en Honduras**

Richard Barathe.

### **Representante Residente Adjunta del PNUD en Honduras**

Rosenely Diegues-Peixoto.

### **Asesor en Políticas y Coordinador del Informe de Desarrollo Humano de Honduras PNUD en Honduras**

Sergio A. Membreño Cedillo.

### **Equipo Informe de Desarrollo Humano - Honduras**

Alejandra Salazar, Alex Navas, Ángel Rodríguez, Andrea Girón, Anibal Barahona, Cinthya Barahona, Daniela Suazo, Ely Noé, Gracia Arteaga, Iliana Licona, Katherine Flores, Pedro Acosta, Ramón Romero, Ruth Perdomo y Víctor Ordóñez.

### **Elaboración de publicación**

Álvaro Cáliz, Darío Euraque, Gina Kawas, Irma Becerra, José B. Falck, Julio Escoto, Libny Ventura Lara, María Eugenia Ramos, Mario Argueta, Mario Membreño Cedillo, Mario Posas, Marvin Barahona, Mauricio Díaz Bourdett, Óscar Nuñez Sandoval, Pedro Morazán, Rafael del Cid, Rafael Jerez, Ramón Romero, Rodolfo Pastor Fasquelle, Rolando Sierra, Rony Castillo Güity, Segisfredo Infante, Sergio Membreño Cedillo, Xiomara Bu, Yesenia Martínez.

### **Revisión de contenido**

Pedro Acosta y Sergio A. Membreño Cedillo.

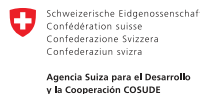
### **Revisión de redacción**

Pedro Acosta.

### **Diseño y diagramación**

Anibal Barahona.





Esta publicación se ha elaborado con el apoyo financiero del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), la Agencia Suiza para el Desarrollo y la Cooperación (COSUDE), el Gobierno de Canadá a través de Asuntos Mundiales Canadá, la Unión Europea (UE), la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID) y el Banco Centroamericano de Integración Económica (BCIE). Las opiniones y recomendaciones expresadas en esta publicación son las de las y los autores de las propuestas y no representan necesariamente las de las Naciones Unidas, incluido el PNUD, o las de los Estados miembros de la ONU ni de las entidades donantes.

El PNUD agradece a sus socios: la Agencia Suiza para el Desarrollo y la Cooperación (COSUDE), el Gobierno de Canadá a través de Asuntos Mundiales Canadá, la Unión Europea (UE), la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID) y el Banco Centroamericano de Integración Económica (BCIE) que han hecho posible la elaboración de los productos de conocimiento realizados en el marco del Informe de Desarrollo Humano Honduras.

### **Sobre el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo:**

El PNUD forja alianzas con todos los niveles de la sociedad para ayudar a construir naciones resilientes ante los distintos problemas actuales. De la misma manera, promueve y sostiene un tipo de crecimiento que mejora la calidad de vida de todos los actores sociales. El PNUD se encuentra presente en 170 países y trabaja para erradicar la pobreza y reducir las desigualdades y la exclusión, así como ofrecer una perspectiva global y un conocimiento local al servicio de las personas y las naciones.

Copyright © PNUD octubre 2021

Todos los derechos reservados.

Elaborado en Honduras.

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo – PNUD

Edificio Naciones Unidas, Colonia San Carlos, Calle República de México 2816, Tegucigalpa, Honduras.

[www.hn.undp.org](http://www.hn.undp.org)

## LA COLECCIÓN DEL BICENTENARIO: REPENSAR PARA TRANSFORMAR

Uno de los principales desafíos de país en medio de la multicrisis que se vive, agravada por el COVID-19, es generar pensamiento, reflexión y acción colectiva de carácter nacional y propositivo para la solución de los problemas del país. Pero ello presupone repensar el país: la capacidad de entender su historia, de contextualizar el momento actual y tener una mirada prospectiva hacia el futuro.

El principal objetivo es aportar en la generación de análisis y propuestas multidimensionales, inclusivas e integrales para responder con eficacia a los agobiantes desafíos del siglo XXI.

La **Colección del Bicentenario** reúne un grupo de 25 académicos, intelectuales y pensadores del país. De esta manera, la colección se ha dividido en seis partes. La visión histórica: Rolando Sierra Fonseca, Mario Argueta, Segisfredo Infante, Libny Ventura Lara, Oscar Núñez Sandoval y Rony Castillo Güity. En la parte de análisis del desarrollo: Mario Posas, Marvin Barahona, Julio Escoto, Xiomara Bu, Darío Euraque, Yesenia Martínez, Mauricio Díaz Burdett, Pedro Morazán, Ramón Romero, María Eugenia Ramos, Mario Membreño Cedillo, Rafael Jerez, Gina Kawas. Y en la visión futura (prospectiva): Irma Becerra, Sergio A. Membreño Cedillo, Rafael del Cid, Álvaro Calix, Benjamín Falck, y Rodolfo Pastor Fasquelle. A todos ellos el agradecimiento por su invaluable aporte a la **Colección del Bicentenario**.

El propósito último de la **Colección del Bicentenario** es construir puentes de pensamiento entre académicos, intelectuales, técnicos y formuladores de políticas públicas y al mismo tiempo propiciar y promover iniciativas orientadas a la construcción de una agenda ciudadana para la transformación.

La **Colección del Bicentenario** es, en definitiva, un aporte a la **Honduras que imaginamos**.

### Sergio A. Membreño Cedillo

Coordinador de la Unidad de Generación de Conocimiento  
y Coordinador del Informe de Desarrollo Humano (IDH) - Honduras





## MARIO ARGUETA

Escritor e historiador, Mario Argueta es un investigador de la historia hondureña contemporánea especialmente en sus aspectos sociales, y ha contribuido sistemáticamente a la difusión de los valores literarios de su país. Maestro de Educación Media en Ciencias Sociales (Escuela Superior Profesorado, Tegucigalpa, 1966). Bachelor of Arts (Macalester College, St. Paul, Minnesota, 1969), Master of Arts (University of Texas, Austin, 1971), Master of Library Science, University of Texas, Austin, 1973).

Entre sus obras, destacan los siguientes títulos: Historia laboral de Honduras. De la conquista al siglo XIX (1985); Bananos y política: Samuel Samurray y la Cuyamel Fruit Co. en Honduras (1985); Tendencias e investigaciones recientes de la sociología hondureña (1986); Diccionario de autores hondureños (1986, 1993, 1998); 1954 en nuestra historia (1987); Movimientos populares de Honduras. Siglo XIX, período nacional (1987); Diccionario histórico-biográfico hondureño (1990); Los alemanes en Honduras (1991), Historia de los sin historia: 1900-1948 (1992), y Diccionario crítico de obras literarias hondureñas (1993).

Por sus trabajos, ha recibido tres veces el premio de ensayo Rafael Heliodoro Valle, una vez el de la Universidad Pedagógica Francisco Morazán y, en 2000, el Nacional de Ciencias Francisco Morazán.



# ÍNDICE





<b>TRES MOMENTOS EN LA CONFORMACIÓN DE LA IDENTIDAD NACIONAL HONDUREÑA</b>	<b>10</b>
INTRODUCCIÓN	11
CONCLUSIONES	13
<b>LA HISTORIA Y EL DESARROLLO POLÍTICO EN HONDURAS</b>	<b>15</b>
INTRODUCCIÓN	16
EL LEGADO COLONIAL	16
DE COLONIA A NACIÓN	16
DE 1838 A 1876: HONDURAS COMO ESTADO NACIONAL SEPARADO DE LA FEDERACIÓN	17
REFORMA LIBERAL: MODERNIZACIÓN PARCIAL DE HONDURAS	18
DE PAÍS MINERO A NACIÓN BANANERA	18
SIGLO XX: CRECIENTE DEPENDENCIA Y DESNACIONALIZACIÓN	19
SIGLO XXI: TENDENCIAS PREOCUPANTES	22
BIBLIOGRAFÍA	24

**TRES MOMENTOS EN LA CONFORMACIÓN DE LA IDENTIDAD  
NACIONAL HONDUREÑA**



## INTRODUCCIÓN

Honduras inicia el siglo XX careciendo aún de una unidad territorial y de un sentimiento nacional. Es cierto que, con implantación de una Reforma Liberal iniciada a partir de 1876, bajo la influencia directa del movimiento político iniciado en Guatemala en 1871, con la ayuda de la Administración Juárez de México, se intentó echar las bases de una visión historiográfica que interpretara el pasado y el presente en función de los intereses estatales, influidos por las concepciones filosóficas positivistas. Los resultados no correspondieron a las expectativas. Pese a la exaltación de elementos patrióticos y del culto a los héroes locales, la idea de Honduras y lo hondureño aún se encontraba poco desarrollada entre la mayoría de la población, que era abrumadoramente rural y campesina. Existían diversas razones para ello: lo escaso y disperso de la población, el aislamiento del país, aun con respecto a sus vecinos en razón de ser el país más montañoso de América Central, la situación subordinada de las elites nacionales con respecto al capital extranjero, consolidado ya en la industria minera y ampliando sus inversiones en el rubro bananero, al amparo de las generosas concesiones en tierras y en exención impuestos de importación de los gobernantes hondureños a cambio de ferrocarriles a ser construidos por las empresas fruteras que vincularían los puertos del Caribe con los centros poblados del interior. De allí que la Honduras de albores vigésimo-seculares fuese una nación todavía no vertebrada; más correctamente, un conjunto de regiones semiaisladas, autosuficientes en sus necesidades básicas, con una economía ganadera y minero-mercantil concentrada en la zona centro-sur, en manos de las clases altas locales, que encontraban en el usufructo de estas actividades y en sus disputas por el control del Estado, las únicas alternativas disponibles para su subsistencia y acumulación de capital. El comercio mayorista y al detalle, salvo aisladas excepciones, lo detentaban inmigrantes alemanes, merced a su monopolio en el sistema de transporte por medio de lanchones entre tierra firme (puerto de San Lorenzo) y la Isla del Tigre (puerto de Amapala), en el Golfo de Fonseca, su red de tiendas establecidas en los centros urbanos y las facilidades de crédito otorgadas a sus clientes. Desde la década de 1890 inmigrantes palestinos habían empezado a llegar, en pequeños números y de manera espontánea, a la Costa Caribeña del país, donde el negocio bananero en creciente expansión ofrecía oportunidades comerciales a medida que la zona se iba poblando y urbanizando. Ellos constituyeron el embrión de una posterior clase empresarial que, además de la actividad mercantil, incursionó con éxito en la industria.

La historia política hondureña hasta 1933 se caracterizó, por una parte, por las guerras civiles entre dos facciones procedentes de un mismo tronco liberal, autodesignadas con los nombres Partido Liberal y Partido Nacional, disputándose el control del aparato estatal. En ellas participaban diversos sectores sociales: si los caudillos, salvo excepciones, procedían de las filas terratenientes, profesionales y militares, los soldados venían de los sectores campesinos, trabajadores agrícolas y urbanos. Por otra, a la par de la tradicional intervención de los países vecinos: particularmente Guatemala y El Salvador y, en fecha posterior, Nicaragua, cuya aprobación respecto al mandatario hondureño de turno, era indispensable para su permanencia en el poder, se va perfilando la presencia diplomática de los Estados Unidos, generalmente actuando como promotor y defensor de los capitalistas de esa nacionalidad. Las distintas modalidades de la política exterior norteamericana en estas primeras décadas del siglo: política del gran garrote, diplomacia de las cañoneras, diplomacia del dólar, fueron aplicadas en forma directa, aliados el palo y la zanahoria, en los países de la cuenca caribeña. Así, la intervención de las aduanas y el otorgamiento de préstamos con el fin de ir desplazando la influencia europea de la región, aplicado inicialmente en la República Dominicana, fue después intentado en Honduras, en 1911, con la firma del tratado Knox-Paredes, rechazado por el Congreso hondureño. Los desembarcos de “marines” fueron frecuentes por períodos cortos, en ciudades puertos de litoral caribeño: Puerto Cortés, Tela, a Ceiba, cuando se intensifican los conflictos armados locales. Generalmente, era el Cónsul estadounidense el que determinaba la gravedad de la situación y, de acuerdo con su criterio, llamaba o no, al escuadrón naval norteamericano más cercano a la zona. La presión diplomática norteamericana, a través de su ministro plenipotenciario en Honduras, contribuyó poderosamente a la renuncia a la Presidencia del Mandatario Francisco Bertrand en 1919, además de sus intentos por imponer en la sucesión presidencial a su cuñado, lo que originó la alianza de la oposición en su contra. En enero de 1924, al haberse roto el orden constitucional y continuar de facto, en el poder, el general Rafael López Gutiérrez, la guerra civil estalló nuevamente en Honduras. El fallecimiento de este no significó el fin del conflicto; por el contrario, pareció recrudecerse. El ministro estadounidense acreditado ante nuestro país, Franklin Morales solicitó la llegada de doscientos infantes de marina, a la capital de Honduras. Nunca habían desembarcado en Tegucigalpa. El Consejo de ministros, que ejercía nominalmente el mando, en nota firmada por el Canciller Rómulo E. Durón, protestó tal acto el 19 de marzo de ese año. En uno de sus párrafos se afirmaba:

El Consejo de ministros no puede menos que manifestar a Vuestra Excelencia su sorpresa por el hecho del desembarco y la venida de ese cuerpo de soldados a esta capital, sin solicitud ni autorización del Gobierno de la República, y, en consecuencia, lo considera como un agravio a la soberanía e independencia del país.

También una parte de la intelectualidad capitalina, dirigida por Froylán Turcios, editó el diario Boletín de la Defensa Nacional. En su número primero, escribía Turcios:

Estados Unidos no tiene ningún derecho para mezclarse en nuestros asuntos internos. Ningún centroamericano en que vibre la más insignificante emoción de patriotismo podrá reconocer jamás el menor derecho al Gobierno de los Estados Unidos para inmiscuirse en nuestros asuntos internos. Si, desventuradamente vivimos con el dicterio en los labios o con el rifle al hombro, destrozándonos como fieros enemigos, con saña de los gallos de pelea, esto sólo nos incumbe a nosotros y nada le importa de ello a ninguna nación extranjera. Que no se nos diga cínicamente, que acuden en nuestro auxilio por piadosa humanidad, pues lo cierto es que tal ayuda es interesada, nacida de un instinto pirata. Y aun cuando no fuera así, sería ignominiosa para nuestro civismo y atentatoria para nuestra soberanía. Somos nosotros, y solamente nosotros, los que debemos buscar el remedio a nuestros males de ambiente y de raza y no los extraños y los entrometidos.

Algunos de los colaboradores del Boletín, fueron: Alfonso Guillén Zelaya y Porfirio Hernández, que posteriormente se trasladaron a México, Visitación Padilla, Adán Canales, Rafael Díaz Chávez (jefe del Partido Unionista Centroamericano), entre otros. La referida publicación declaraba que su aparición tenía dos objetivos: apresurar, con sus tenaces trabajos, la salida del enemigo común y hacer conciencia nacional. Esas manifestaciones nacionalistas y antimperialistas de una parte de la intelectualidad nacional, encontraban antecedentes en hombres de letras como Paulino Valladares, para quien la intervención norteamericana en Centroamérica, ya de manera sistemática y definitiva, databa de 1906, cuando el presidente Roosevelt de los Estados Unidos, y el mandatario Porfirio Díaz de México, convocaron a las naciones centroamericanas a bordo del buque de guerra Marblehead, al intervenir como mediadores en la guerra entre Guatemala y El Salvador. Afirmaba Valladares:

La política internacional de Centroamérica tiene su centro de gravedad en Washington, e una manera definitiva desde 1906... Y no sólo dependemos de la voluntad soberana del Departamento de Estado, sino que allá intrigamos, gobiernos contra gobiernos para hacernos daño mutuo... la intervención de Estados Unidos en Centroamérica es de larga data. Y depende de un modo sistemático y definitivo desde los preliminares firmados a bordo del Marblehead en 1906.

Estos juicios fueron escritos en 1914 y 1922 respectivamente. Entre 1910 y 1913, otro hondureño, Salvador Turcios Ramírez escribió artículos que, bajo el título colectivo Al margen del Imperialismo Yanki, aparecieron, en formato de libro, en 1915. Así se pronunciaba:

Nosotros yacemos dentro de la zona influenciada y explotada por los Estados Unidos. Somos sus tributarios económicos, luego entonces, hemos sido conquistados prácticamente por aquella Nación... El dilema está planteado para la existencia independiente de Centroamérica. O nos unimos en un abrazo de orden y de trabajo, o desaparecemos ante la voracidad de las insaciables avidedces de los cartagineses del Norte. La actual situación política de nuestras minúsculas nacionalidades es clara y peligrosa al mismo tiempo. Puede resumirse así: de un lado la cobarde criminalidad de los aborígenes que solicitan de rodillas el protectorado, y del otro, la franca complicidad de los imperialistas que ocupan el Capitolio de Washington, y que obedecen ciegamente al poder incontrarrestable de la plutocracia que vive parapetada tras las enormes montañas de oro de Wall Street... Que la política expansionista de los Estados Unidos es un hecho evidente, que no necesita demostración, lo están probando hasta el exceso los directores de la cosa pública que, en aquella nación, como en las de Europa y Asia, que se han engrandecido por sus prácticas imperialistas, son abiertamente agresivas a la dignidad humana y al concierto de familia de las naciones libres.

Veamos un segundo momento en ese proceso inconcluso de conformación de la identidad nacional. Este se dio en 1954 en las plantaciones bananeras de la United Fruit Company en el litoral caribeño de Honduras, cuando las tensiones resultantes de la Guerra Fría se encontraban en su momento más álgido. Estados Unidos se preparaban para el derrocamiento del régimen de Jacobo Árbenz en Guatemala. Un año antes había exitosamente derrocado el gobierno nacionalista del primer ministro Iraní Mohamed Mossadeq. No entraremos en detalles respecto a la evolución de este

movimiento social reivindicativo, el más significativo en la historia laboral hondureña. Lo que nos interesa resaltar, para propósitos de este trabajo es el apoyo que los trabajadores agrícolas en huelga encontraron por parte no sólo de otros núcleos proletarios que, en actos de solidaridad, igualmente se declararon en paro en sus centros laborales, tanto en la Costa Norte como en el interior del país, sino también de otros sectores de la estructura social: burguesía, estudiantes, intelectuales. Y es que el componente nacionalista estaba allí presente. Se trataba de reivindicaciones salariales y organizativas que enfrentaban a miles de obreros (unos 25.000) nacionales contra la más poderosa empresa frutera norteamericana en Centroamérica y el Caribe, de capital norteamericano. De tal suerte que el apoyo y simpatía que los movimientos huelguísticos encontraron entre distintas capas sociales de la población se debía no sólo a que se consideraban justas y razonables las peticiones elevadas a la empresa por parte de los trabajadores sino al hecho que ésta era vista como un monopolio extranjero que había llegado a obtener, vía concesiones gubernamentales, las tierras más fértiles del país, una cadena de comisariatos o tiendas de ventas al detalle en el seno del enclave bananero que competían ventajosamente con el comercio local el banco más poderoso en el país, amén de empresas de bebidas de gaseosas y cerveza, entre otras inversiones que abarcaban plantas de energía eléctrica, hielo, calzado y una empresa de comunicaciones internacionales. Además de incrementos salariales, los huelguistas demandaban mejores condiciones de trabajo, tratamiento médico adecuado en los hospitales de la empresa, cese de la discriminación racial, pago semanal, abolición de los despidos arbitrarios, salario igual por trabajo igual, un sistema de jubilación para los estibadores, enseñanza primaria “completamente laica y gratuita” para todos los hijos de los empleados y trabajadores, garantías de que no habría represalias contra los huelguistas, pago completo de sus salarios a todos los huelguistas. Al cabo de sesenta y nueve días de paro, se llegó a un acuerdo con la empresa frutera que no colmó las expectativas planteadas inicialmente por los huelguistas. No obstante, tal como afirma Víctor Meza:

A partir de mayo de 1954 no era posible ya desentenderse de la clase obrera y continuar ignorando sus demandas. En este sentido, la huelga bananera de 1954 significó un punto de ruptura crucial en el progreso de la dominación neocolonial en el país. La burguesía y los terratenientes hondureños al igual que los emisarios del capital imperialista se vieron obligados a reconocer legalmente el derecho de los trabajadores a la sindicalización, dando inicio así a una reforma jurídica de trascendental importancia que legalizó los sindicatos, reconoció los derechos más elementales de la clase obrera y concluyó con la emisión en el año de 1959 del Código de Trabajo.

## CONCLUSIONES

Puede deducirse que las implicaciones de este movimiento social tuvieron repercusiones, en el corto plazo, a nivel nacional. Los trabajadores bananeros alcanzaron conquistas que beneficiaron a toda la clase obrera hondureña, que, teniendo como referencia las jornadas de 1954, llegó a constituirse durante varias décadas como uno de los mejor organizados y de mayor peso, como grupo de presión e interés, en el ámbito centroamericano. El enfrentamiento bélico con El Salvador, en 1969, tiene diversas causales: demográficas, ecológicas, fronterizas, económicas. No serán examinadas. Nos interesa detallar algunas de las secuelas que contribuyeron a la formación de un sentimiento de identidad nacional.

En el aspecto militar, Honduras llevó la peor parte y eso no fue casual. Su ejército, con excepción de la rama aérea, no contaba con el armamento adecuado ni con el entrenamiento necesario como para repeler el ataque emprendido por otro país. Carecía de una tradición institucional de larga trayectoria, por el hecho ríe ser muy reciente su creación, como ente corporativo. Y fue bajo el estímulo de los Estados Unidos que se dieron los primeros pasos en su modernización, a partir de 1950. Lo que evitó el colapso en los frentes de batalla fue el apoyo irrestricto de la población civil a la defensa del territorio y a la contención de la penetración invasora. Los sectores urbanos aportaron recursos económicos, mediante la compra de bonos, para la adquisición de armamento y los habitantes rurales abastecieron de alimentos a los combatientes.<sup>1</sup> La salvaguarda de la soberanía había corrido así, en mayor o menor medida, a cargo de la población toda. Las gestiones diplomáticas de la Organización de Estados Americanos fueron también oportunas para evitar un mayor derramamiento de sangre y el control permanente de territorio nacional por parte del país vecino. Al igual que ocurrió con Bolivia, luego de su fracaso en la Guerra del Chaco (1932-1935), surgió un sentimiento de cooperación y de cambio entre los sectores castrense y civil. Ambos empezaron a cuestionar las razones estructurales que habían hecho posible la pérdida, llegando incluso a cuestionarse el modelo de desarrollo que hasta entonces habían impulsado las elites locales.

<sup>1</sup> Meza, V. 1981 Historia del movimiento obrero hondureño (Tegucigalpa: Guaymurás) pp. 97-98

Igualmente, Honduras reconsideró sus relaciones comerciales con las otras repúblicas centroamericanas signatarias del Mercado Común Centroamericano, conduciendo a su retiro del esquema integracionista a lo largo de la década de los años setenta, lo que facilitó al sector industrial y comercial hondureño abastecer el mercado interno sin contar con la competencia de sus homólogos del Istmo.

De este modo, la guerra colocó en la agenda nacional los problemas del desarrollo económico e integración nacional. La discusión generada en torno a ellos involucró, por vez primera en la historia hondureña, no sólo a los grupos tradicionales de presión, sino, igualmente, a los sectores obreros y campesinos organizados, sentados en la misma mesa con la dirigencia política, empresarial y militar. Este fue el embrión del intento aplicado durante 1971-1972 por implantar un Gobierno de Unidad Nacional. Al fracasar este intento bipartidista, que, en su momento fue criticado como una alianza de las élites tradicionales de poder, se dio una crisis de credibilidad con respecto a los partidos políticos tradicionales. El Ejército, aplicando un reformismo, al estilo peruano, que, con altibajos, impulsó reformas sobre todo en materia agraria, que evitaron que la polarización entre las distintas clases sociales desembocara en la guerra civil, como aconteció en Guatemala y El Salvador. Hemos pasado revista a tres instancias en el desarrollo histórico de Honduras que, en grado diverso, contribuyeron hacia la conformación de la identidad nacional de la nación hondureña.



# **LA HISTORIA Y EL DESARROLLO POLÍTICO EN HONDURAS**

## INTRODUCCIÓN

Entre 1502 a 1821, la provincia de Honduras formó parte de la Capitanía General de Guatemala, unidad administrativa dentro del Imperio Español en América. Luego de consumada la conquista, en sus tres modalidades complementarias: militar, económica, ideológica. La función esencial de sus colonias era el abastecer de minerales y ciertas cosechas agrícolas a la economía metropolitana: oro, plata, cacao, tabaco, añil, granos recolectados por mano de obra esclava y servil, negra e indígena, etnias ubicadas en los peldaños más bajos de la estructura social, debido a su fenotipo.

Así fue como el hemisferio occidental se incorporó a la economía mundial, en una primera globalización, como satélite de la economía ibérica. Estos 319 años de sometimiento solamente dejó por fuera a regiones de difícil acceso, poblados por aborígenes que, con las armas en la mano, lograron mantener incólume su libertad, cultura, patrimonio. Distintos tipos de tensiones y conflictos emergieron durante estos siglos, entre los nacidos en España y sus descendientes nacidos en América, integrantes ambos de la clase dominante, y entre ambos con los mestizos, indígenas y negros, pertenecientes a las clases dominadas. Entre los dos primeros, por cuotas de poder y riqueza, entre ambos y el resto por la explotación laboral y el acceso a la tierra. También entre los provincianos salvadoreños, hondureños, nicaragüenses y la élite comercial monopolista guatemalteca, debido al oligopolio practicado por estos al fijar arbitrariamente precios de compra y venta en perjuicio de los primeros. Estas disputas no desaparecieron con el fin de la dominación hispana, varias continuaron y se intensificaron en la etapa postcolonial.

## EL LEGADO COLONIAL

Sociedades estructuradas jerárquicamente, que ubica a sus integrantes en categorías diferenciadas por criterios económicos y raciales, sentimientos localistas antes que unitarios, población escasa y dispersa. Estructura agraria dividida en latifundios: haciendas, medianas propiedades: chacras y minifundios, de propiedad individual, y tierras comunales y ejidales, de propiedad colectiva. Prejuicios y estereotipos justificadores de tal organización social rígida, con desprecio hacia las manifestaciones culturales no hispanas, atribuyéndole a indígenas y negros la ausencia de motivación y disciplina laboral.

El hacendado, criollo, convertido en caudillo, “hombre fuerte”, dispensando favores y sanciones a su clientela constituida por peones también utilizados como milicianos cuando requeridos, obligados a otorgar lealtad al patrón. Los indígenas habían pasado de mayoría a minoría poblacional, merced a los dramáticos descensos demográficos acaecidos a partir de la Conquista, prevaleciendo progresivamente los mestizos, en lo racial y cultural, por acción de la hispanización resultante del choque de dos mundos.

Sentimientos fatalistas, supersticiosos, conformistas, propios de poblaciones mayoritariamente analfabetas, pobres, debido a la falta de oportunidades de superación individual y colectiva, formaron otras tantas herencias colonialistas. Así, coexistieron las continuidades con los cambios políticos acaecidos a partir de 1821, fecha en que se proclamó unilateral y pacíficamente la emancipación política del istmo centroamericano. El vacío de poder, tras el retiro de España fue rápidamente llenado por Inglaterra a lo largo del siglo XIX.

## DE COLONIA A NACIÓN

Meses después del 15 de septiembre de 1821, México anexó a Centroamérica, iniciativa que contó con respaldos y rechazos entre las elites urbanas, revelando las diferencias encontradas de criterios, unas acuerpando tal acción encabezada por la clase alta de la ciudad de Guatemala, otras en oposición a tal anexión. Tras el colapso del Imperio de Agustín Iturbide, se proclamó el primero de julio de 1823 la segunda independencia tanto de México como de cualquier otra potencia del antiguo y nuevo mundo.

La creación de la República Federal de Centroamérica planteó esta alternativa fundacional: bajo el sistema político-administrativo federal o bajo el unitario, descentralización y descentralización, respectivamente, incluyendo el mantenimiento de los privilegios seculares de la Iglesia católica, con respeto a la posesión de sus bienes, o la secularización de los mismos, el rechazo a la migración de extranjeros o bien el otorgamiento de alicientes para su llegada a esta región, proteccionismo a la industria artesanal local o libre comercio, la propiedad colectiva o individual de la tierra, educación religiosa o laica. La primera defendida por los criollos liberales, la segunda por sus pares conservadores.

Si bien la inspirada en el modelo estadounidense prevaleció temporalmente, al ser incorporados sus principales postulados en la Constitución federal y liberal, inspirada en la Constitución española de Cádiz de 1812 y la estadounidense de 1789, la otra, la conservadora se opuso incluso militarmente, causando derramamientos fratricidas de sangre. Ese fue el destino de la nueva nación: enfrentamientos armados entre la capital, Guatemala, y los estados, recelosos de la continuidad hegemónica guatemalteca, no dispuestos a compartir sus magros ingresos con el gobierno federal, que tuvo que recurrir a préstamos ruinosos con la banca inglesa. Francisco Morazán y Rafael Carrera dirigieron el uno la causa unionista liberal, centrada en el ciudadano, innovadora, reformista, orientada hacia los principios ideológicos franceses y estadounidenses, el otro defendiendo el legado colonial hispánico, jerarquizado, conservador, con privilegios clasistas. Estas cosmovisiones polarizadoras culminaron con la derrota y ejecución de Morazán, la ruptura de la unidad, conservando Guatemala su liderazgo, con respaldo de la elite civil y eclesiástica, más la protección de Londres, dirigida por el que llegó a ser presidente vitalicio de su república. Habían prevalecido las fuerzas centrífugas sobre las centrípetas.

## DE 1838 A 1876: HONDURAS COMO ESTADO NACIONAL SEPARADO DE LA FEDERACIÓN

La decisión de transitar como nación disgregada encontró a nuestro país con un territorio fragmentado en regiones parcial o totalmente separadas unas de otras, con caudillos locales ejerciendo autoridad en sus jurisdicciones, con tenues lazos respecto al poder central en Comayagua, la capital. La población continuó habitando las regiones central, austral y occidental, en tanto la costa caribeña continuaba poco poblada, tierra incógnita para sus compatriotas del interior, caracterizado por montañas y valles.

La presencia inglesa se situaba en Islas de la Bahía y La Mosquitia, en calidad de colonia y protectorado respectivamente, estableciendo alianzas militares y comerciales con isleños e indígenas misquitos, con total autonomía del gobierno hondureño. Londres se hacía de regiones estratégicamente ubicadas de cara a la eventual construcción de un canal interoceánico por Nicaragua, presionando a los cinco estados disgregados para el pago de la deuda contraída durante la existencia de la república federal, de manera militar y diplomática.

Los principales caudillos de este periodo: Francisco Ferrera, Juan Lindo, Trinidad Cabañas, Santos Guardiola, José María Medina. El primero reprimió a pueblos y personas fieles al morazanismo, el segundo inauguró la Universidad Central en alianza con el sacerdote José Trinidad Reyes, logrando debilitar la influencia de Ferrera y Guardiola en la gestión pública, el tercero intentó revivir la causa unionista, siendo derrotado en la batalla de La Arada (1851), último intento liberal por derrocar a Rafael Carrera, lo que consolidó la influencia guatemalteca sobre sus vecinos salvadoreños y hondureños. Cabañas interesó al diplomático estadounidense Squier para la construcción de un ferrocarril interoceánico, iniciativa primigenia en Centroamérica. Este, entre 1853 a 1854 intentó, sin éxito, recaudar fondos con inversionistas ingleses. Tal iniciativa debe situarse dentro del contexto de la rivalidad angloestadounidense en el istmo, reflejada en la firma del Tratado Clayton-Bulwer (1850), que, sin consultar al gobierno nicaragüense, declaraba la construcción de la vía acuática como obra conjunta entre Washington y Londres. El cuarto logro la devolución del territorio insular y misquito a la soberanía nacional, a cambio de respetar mediante el Tratado Cruz-Wyke el respeto a la propiedad y a la libertad de cultos de ambos pueblos, el isleño y el misquito; durante su gobierno se le siguió juicio a Walker, otorgándole el derecho a su defensa, encontrado culpable y fusilado en Trujillo (1860).

El último, fue el que logró concertar préstamos con la banca inglesa para hacer realidad el anhelado proyecto de comunicar la difícil geografía nacional mediante el “camino de hierro”, con resultados decepcionantes y onerosos para la nación: el ferrocarril solamente fue construido de Puerto Caballos (posteriormente Puerto Cortes) con Pimienta, sin penetrar al interior del país, agobiando las finanzas públicas, durante casi un siglo, con la mayor deuda externa per cápita a nivel mundial. A los alzados en armas en el departamento de Olancho los reprimió masivamente, provocando el éxodo de parte de la población hacia Olanchito y La Ceiba.

El compartir fronteras terrestres con tres países vecinos, y dada la debilidad del Estado hondureño, provocaron que Guatemala, El Salvador y Nicaragua intervinieran política y militarmente en los asuntos internos de Honduras. Esta ubicación geográfica estratégica ha significado conflictos territoriales, disputas por límites, estacionamiento de tropas extranjeras, en detrimento de la soberanía patria, pero también posibilidades comerciales dada la cercanía con la que llegó a ser la gran potencia en la región centroamericana y caribeña, a partir de 1898, los Estados Unidos,

que gradualmente desplazó a Gran Bretaña como la nación decisiva en la política y economía de ambas regiones. También Honduras fue y continúa siendo ruta de tránsito para ejércitos, migrantes y crimen organizado.

Las condiciones económicas hondureñas durante el siglo XIX han sido así caracterizadas: “desintegración regional, intensificada por la decadencia de la producción minera, desde principios del siglo XIX. La economía del país aparece entonces como una suerte de mosaico, incluyendo actividades variadas, con un comercio local escaso y una marcada tendencia a la autosuficiencia.”<sup>2</sup>

Ganadería extensiva en Olancho y Choluteca, tabaco en Copan, cortes de maderas preciosas en la Costa Norte, artesanías en centros urbanos, modesta explotación minera en Olancho.

La unidad ístmica se logró, parcial y temporalmente, cuando sus gobiernos se aliaron ante el peligro de la llegada de filibusteros a Nicaragua, a petición de los liberales de este país, encabezados por William Walker. Entre 1856-1857 los cinco estados enviaron contingentes militares a Nicaragua para combatir a los extranjeros. Esta alianza ha sido interpretada como la tercera independencia centroamericana.

## REFORMA LIBERAL: MODERNIZACIÓN PARCIAL DE HONDURAS

A partir de la llegada de Marco Aurelio Soto, con el respaldo de los gobernantes guatemalteco y salvadoreño, Barrios y Zaldívar, en 1876, dio inicio el proceso político y económico que pretendió, y parcialmente logró, la renovación institucional y jurídica de la nación, proceso que culminó, de acuerdo con el historiador Marcos Carias, durante la gestión del gobernante Carias (1933-1949). Apertura a la inversión extranjera en minería primero, en agricultura después, centralización política-administrativa, promulgación de nueva Constitución y códigos, impulsó a la educación y cultura urbanas, apertura de carreteras y caminos, fomentó a la migración foránea, apertura a las llanuras de la costa caribeña para su explotación comercial, son algunos de los rasgos principales de este periodo. Así como Soto llegó al poder con el respaldo de los gobernantes vecinos, así fue su salida, al tener que renunciar por diferencias con Barrios, quien lo reemplazó en la presidencia con Luis Bográn. Policarpo Bonilla llegó a la presidencia con el respaldo político y militar del presidente José Santos Zelaya de Nicaragua, quien igualmente apoyó a Terencio Sierra y a Miguel R. Dávila.

## DE PAÍS MINERO A NACIÓN BANANERA

La reactivación de la minería, posibilitada por la llegada de inversión y tecnología estadounidense, favorecida por exenciones fiscales, fue corta, de 1880 a 1900. Con la exportación de plata, Honduras nuevamente se vinculó con la economía mundial, más aún con la exportación de bananos a partir de los inicios del siglo XX en adelante.

La Costa Norte hondureña, la región con los suelos más fértiles, en un país mayormente de vocación forestal, poco poblada y urbanizada, con ríos caudalosos y bosques de maderas preciosas, malsana por la malaria y paludismo que la hacían poco atractiva para que habitantes del interior decidieran trasladarse a ella, recibió dos primeros estímulos que incidieron en su rápido desarrollo material: la construcción del fallido proyecto de ferrocarril interoceánico y el cultivo de bananos por agricultores nacionales que vendían la fruta a extranjeros que la comercializaban en Estados Unidos, a partir de los ochocientos sesentas en adelante.

La fundación de la empresa United Fruit Co (1899), en Boston, que eventualmente llegó a ser la multinacional frutera más poderosa en Centroamérica y Las Antillas, con plantaciones en Guatemala, Costa Rica, Panamá, Colombia, Ecuador, Cuba, influyó decisivamente no solo en esos países, también y especialmente en Honduras, que alcanzó a ser durante varias décadas, la principal exportadora mundial de la fruta, si bien la mayor parte de las ganancias acumuladas eran trasladadas a Estados Unidos.

Los gobernantes hondureños, bajo la óptica positivista de progreso material y modernidad, otorgó amplias concesiones territoriales y tributarias a esta y a otras empresas estadounidenses, con sacrificio fiscal para el país, a cambio de la firma de contratos vinculantes, en que la United Fruit se comprometía a construir líneas ferroviarias desde la Costa Norte hacia el interior del país, obligación que no cumplió ya que lo que le interesaba no era el fomento de tierra adentro, pero si vincular las plantaciones con los puertos desde donde se exporta. Para promover y ampliar sus plantaciones, introdujo

<sup>2</sup> Cardoso, Ciro F y Pérez Brignoli, Héctor, Centro América y La Economía Occidental 1520-1930, UCR, San José, 1977, p. 177



a miles de trabajadores negros procedentes de la colonia inglesa, Jamaica, con el compromiso de retornarlos a su lugar de origen una vez concluido el contrato laboral, lo que incumplió. Es así como miles de compatriotas afrodescendientes poseen apellidos ingleses. El pago de salarios más altos que los devengados en el interior hondureño lo compenso con tiendas en que, mediante el sistema de pago en cupones, vendía mercancías a su mano de obra, política protestada por comerciantes locales y foráneos establecidos en la Costa Norte y por los mismos asalariados. Los hermanos Vaccaro establecieron en La Ceiba, la que llegó a ser la Standard Fruit Co. (1924), y en el Valle de Sula Samuel Zemurray estableció la Cuyamel Fruit Co., en 1911, por varios años rivalizando con la United en el otorgamiento de concesiones por los gobiernos hondureños.

En afán de incrementar la política concesionaria hondureña, la United Fruit, vía sus dos filiales, Tela Railroad y Truxillo Railroad Co., se extendió a los asuntos políticos locales, llegando a ser un decisivo poder factico al punto de aprobar o vetar la llegada al poder de aspirantes a la presidencia, apoyando con dinero y armas a diversos caudillos a cambio de la dispensa de sus obligaciones contractuales y la cesión de nuevas tierras nacionales a ella para ampliar la extensión de sus plantaciones, afectadas por enfermedades que dañan la fruta.

El modelo desarrollista-positivista de progreso material no se plasmó bajo la conducción de una clase empresarial nacional, por lo cual los gobernantes hondureños, desde las últimas décadas del XIX optaron por atraer capitales y tecnologías extranjeras a cambio de cederles virtual soberanía en el septentrión, llegando incluso a otorgarles más de lo originalmente pactado.

En la medida que la influencia británica en el istmo centroamericano decrecía, en la misma emergía, avasalladora, la estadounidense, a partir de 1898 cuando derrotó a España, que le cedió sus últimas colonias en Las Antillas, Cuba y Puerto Rico, Filipinas y Guam en Asia, convirtiéndolas en protectorados y colonias.

## **SIGLO XX: CRECIENTE DEPENDENCIA Y DESNACIONALIZACIÓN**

La política estadounidense hacia Centroamérica y el Caribe ha combinado intervenciones y ocupaciones militares, en ocasiones durante años, con presiones diplomáticas, económicas y políticas, con la opción de otorgar o no reconocimiento a los gobiernos de ambas regiones. Con la apertura del canal de Panamá (1914), creció el interés e influencia de Washington, traducido en mayor injerencia en las condiciones internas de estas repúblicas, respaldando a gobiernos receptivos y defensores de los inversionistas estadounidenses y garantes de la estabilidad interna, no importando si la misma era logrado mediante la violencia estatal, con daño a la vigencia de los derechos humanos.

Las guerras civiles han sido una constante en nuestra trágica historia a lo largo del XIX y primeras décadas del XX, la más sangrienta ocurrió en 1924, participando tres candidatos a la presidencia el año precedente, sin que ninguno, de acuerdo con el conteo oficial, recibiera la mitad más un voto del total emitido, tal como lo establecía la constitución política vigente. Por vez primera, marines estadounidenses llegaron hasta Tegucigalpa, cuando en ocasiones previas sus desembarcos se limitaban a los puertos del Caribe. La última contienda fratricida acaeció a finales de 1932 e inicios de 1933 cuando comandantes de Armas liberales se alzaron en armas desconociendo la victoria electoral del candidato opositor, Tiburcio Carías.

Manipulaciones electorales, violencia y represión oficiales, caudillismo, personalismo, clientelismo, irrespeto a la legalidad e institucionalidad, saqueo de fondos públicos, impunidad, el poder percibido como botín a ser repartido entre los victoriosos, constituyen características de la historia política nacional mostrando continuidad en el tiempo.

A partir de 1936, cuando concluía el cuatrienio para el cual fue electo, Carías prolongo su permanencia en la presidencia por dos periodos adicionales, hasta el 1º de enero de 1949, cuando le sucedió la persona por escogida por él, con el supuesto que sería el quien continuaría siendo el poder tras la silla presidencial. Empero, el escogido, Juan Manuel Gálvez, inteligentemente se fue distanciando para implementar su propio estilo de mando, basado en la reconciliación con el tradicional rival partidario, a la vez que inicio la urgente modernización y diversificación económica e institucional, no emprendida por su predecesor, quien con estilo represivo silenció crecientemente a la oposición, imponiendo una paz desde arriba, no consensuada, durante los diez y seis años de permanencia en el poder, periodo en que pudo haber buscado continuar y ampliar la labor material de los gobernantes anteriores.

El final de la Segunda Guerra Mundial, con la derrota del fascismo, nazismo y militarismo, había despertado expectativas democratizadoras en la humanidad, anhelante de paz, vigencia efectiva de los distintos derechos humanos, políticos, sociales, económicos, descolonización. Es en ese contexto que se imponía un relevo en el estilo de gobernar, así lo interpretó Washington y algunos de sus aliados en el mundo, en tanto otros se aferraban a más de lo mismo: represión, verticalidad, exclusión social.

En la historia social hondureña, las huelgas obreras acaecidas en 1954, empezaron al interior del enclave bananero de la United Fruit Co., para extenderse al de la Standard Fruit y al interior del país, con participación activa de miles de asalariados, respaldados con la simpatía de sus compatriotas que consideraban más que justas sus peticiones, largamente ignoradas: derecho a la libre contratación colectiva de condiciones de trabajo, a la sindicalización y declaratoria de huelga como recurso de última instancia en la relación obrero-patronal. Su magnitud y duración, 69 días, tomo por sorpresa al gobierno, a las transnacionales y a los hacedores de política en Washington. Gálvez, en vez de recurrir a la represión abierta, que hubiera requerido de desplazamientos masivos de tropas y consiguientes baños de sangre, optó por dividir a la dirigencia obrera, encarcelándola para reemplazarla por otras, dispuestas a arreglos bajo la mesa de la patronal y el oficialismo.

El hecho que durante más de dos meses los miles de huelguistas lograran sobrevivir, sin claudicar ni percibir ingresos económicos fue posibilitado tanto por la motivación y disciplina de los proletarios y sus familias, como por la labor callada y riesgosa, pero efectiva del Partido democrático Revolucionario Hondureño, fundado en San Pedro Sula, (1946), por profesionales de clase media, en búsqueda de una alternativa al tradicionalismo político partidario. Inspirados en postulados social demócratas y en la puesta en marcha en Guatemala, entre 1945 a 1954, por los gobiernos popularmente electos de Juan José Arévalo y Jacobo Árbenz de reformas económicas, sociales, educativas, que incluyen la reforma agraria, seguridad social, estímulos a la industria nacional, alfabetización masiva.

Si bien el PDRH se disolvió en 1954, al fraccionarse, sus principios ideológicos fueron parcialmente recogidos por el candidato del Partido Liberal para las elecciones presidenciales de ese año, Ramon Villeda Morales. Vencedor en ellas, pero sin alcanzar la mayoría absoluta exigida por la norma constitucional. Correspondía al Congreso Nacional escoger de entre los tres candidatos, los otros dos postulados por el Partido Nacional y el Movimiento Nacional Reformista. Incumpliendo su obligación constitucional, los diputados de ambos partidos no asistieron al Legislativo, con lo que no se alcanzó quorum con los parlamentarios liberales presentes. Al concluir el periodo presidencial de Gálvez, quien pretextando enfermedad había abandonado el país y delegado el mando en su vicepresidente, Julio Lozano, el país se encontró sin un sucesor legal, con lo que se rompió el orden constitucional.

Lozano se autoproclamo jefe de Estado, iniciando labor de consenso con una parte de la dirigencia opositora en tanto otra era reprimida, encarcela o forzada al exilio. En búsqueda de continuar en el poder, se convocó a elecciones en octubre de 1956, consideradas las más fraudulentas de la historia política nacional. Tal imposición fue respondida por el Ejército con su derrocamiento incruento.

Entre 1954 a 1956 habían irrumpido en el escenario socio político tres actores inéditos, emergentes: obrerismo organizado, sectores sociales medios y ejército. A partir de entonces, sus planteamientos y demandas ya no podían ser ignoradas, las del proletariado por su creciente número y organización, los de los sectores medios por ser el parachoques entre las elites y los de abajo, las de los uniformados por poseer el monopolio de la fuerza.

La Constitución política de 1957, además de otorgarle autonomía a las Fuerzas Armadas, con ello creando un gobierno bicéfalo, con autoridad compartida, incorporó y amplió garantías sociales, la función tutelar del Estado en su promoción y protección, la función social de la propiedad, la fundación de entes gubernamentales descentralizados, entre ellos la Universidad Nacional. Así, el régimen de Villeda complementaba al de Gálvez en lo relativo a la modernización y democratización de la nación.

La feroz reacción conservadora al reformismo villedista se concretó abiertamente con el intento golpista de julio 1959, apoyado por Somoza desde Nicaragua, neutralizado por la defensa de civiles liberales ante la pasividad del Ejército, pero fue impotente ante el sangriento derrocamiento, el que más víctimas ha provocado en la historia política hondureña, del régimen constitucional en octubre 1963, con saldo de centenares de muertos entre los efectivos de la Guardia Civil, fundada por el régimen liberal ante la complicidad de la Policía Nacional en la intentona desestabilizadora del régimen constitucional.

Nuevamente se repitió la caída de otro gobernante civil, aperturista a los sectores populares, el 2009 al defenestrar al régimen presidido por Manuel Zelaya. La resistencia ciudadana ante los conspiradores, integrados por las Fuerzas Armadas, las autoridades legislativas y judiciales, empresariado, cupulas religiosas, fue respondido violentamente, con saldo de muertos y heridos.

No siempre el actuar del Ejército ha sido abiertamente derechista y represivo. El mismo Jefe de las Fuerzas Armadas que encabezó la caída del mandatario Villeda Morales, deportándolo al exterior junto a varios de sus más cercanos colaboradores, encarcelando a estudiantes y activistas liberales, eliminando a un incipiente foco guerrillero, contando con el total respaldo de su aliado tradicional, el Partido Nacional que procedió a declararlo Presidente para el sexenio 1965-1971, contando para tal iniciativa con la mayoría de diputados en la Asamblea Constituyente de 1965 más el voto de la mayoría de parlamentarios liberales colaboracionistas, ascendiendo al generalato, y que de nueva cuenta derrocó a otro gobierno civil, esta vez encabezado por un militante del Partido Nacional, Ramon E. Cruz, en diciembre de 1972, sorpresivamente reorientó su accionar al iniciar un inédito y corto periodo de reformismo castrense en alianza con un sector de la burguesía sampedrana, la cúpula de las federaciones obreras y campesinas, sectores de izquierda y el respaldo de la oficialidad joven, profesionalizada en el exterior.

Esta apertura, inspirada en similares procesos militares implementándose en Perú, Bolivia, Panamá, generó expectativas de cambio y transformaciones en los sectores medios y populares. Se trataba, de acuerdo con el discurso oficial justificativo del nuevo rumbo castrense, de la “actualización histórica” de Honduras.

Se impulsó la reforma agraria, organizando al campesinado bajo diversas modalidades de trabajo colectivo de la tierra, desde cooperativas a empresas asociativas en distintas regiones del país bajo la dirección de un experimentado tecnócrata nacional, Rigoberto Sandoval Corea. Debíó enfrentarse a crecientes presiones latifundistas provenientes de quienes habían sido afectados al no cultivar tierras ociosas bajo su posesión, en desafío al principio constitucional de la función social de la propiedad. El campesinado beneficiado con acceso a la tierra se identificó con el nuevo proceso, dispuesto a encarar condiciones iniciales adversas que requerían de disciplina, capacitación administrativa, esfuerzos comunitarios.

La nacionalización de los bosques, hasta entonces explotados mayormente por extranjeros, sin implementación de planes de manejo forestal, constituiría la fuente principal de financiamiento del reordenamiento agrario.

La sistemática oposición derechista, acusando maliciosamente al régimen militar de tendencias estatizantes, “populistas”, las vacilaciones del Jefe de Estado, la corrupción y divisionismo al interior de las Fuerzas Armadas, la corrupción de algunos altos mandos castrenses y burocráticos al igual que en determinadas cupulas sindicales, provocaron el eventual debilitamiento y ocaso del experimento reformista, agregando otra frustración adicional a las que, periódicamente, han acompañado las mejores intenciones e iniciativas estatales, agregando más escepticismo y desconfianza en la población.

La acusación relativa a que el jefe de Estado y su ministro de Economía habían recibido soborno de la multinacional United Brands, sucesora de la United Fruit, significó su destitución por parte de sus compañeros oficiales y la virtual paralización de lo hasta entonces logrado. No solamente se paralizó el sector social agrario y forestal, se retornó al acaparamiento de tierras y bosques por particulares, en tanto el campesinado del sector reformado retornó a su condición anterior de peonaje. 1979 marcó un parteaguas en la historia política istmeña con el derrocamiento del régimen somocista y la victoria de la coalición encabezada por el Sandinismo en Nicaragua, al igual que el estallido de guerras civiles en Guatemala y El Salvador, evidenciando la crisis sistémica del tradicional orden oligárquico en tales naciones, con estructuras cimentadas en la exclusión, privilegios clasistas elitistas, terrorismo estatal.

Washington convirtió el territorio hondureño en plataforma campamento santuario de tropas extranjeras que hostigaran e interceptaran envíos de armas al FSLN y al FMLN respectivamente, simultáneamente incrementando el armamentismo al Ejército hondureño con mayores asistencias financieras a los gobiernos de turno, provocando menoscabo adicional a la endeble soberanía y autonomía patrias, altos niveles inflacionarios, represión oficial a la disidencia, con el pretexto de neutralizar cuestionamientos a esa peligrosa orientación en el rumbo de la nación, para ello reviviendo la Doctrina de Seguridad Nacional diseñada en el Pentágono y perfeccionada en círculos militares brasileños, argentinos, chilenos. Al menos un centenar de civiles secuestrados, torturados, asesinados, “desaparecidos”, constituyó el saldo del fanatismo exterminador estatal.

La “década perdida” significó para Centroamérica un mayor deterioro en la calidad de vida de la población, con incrementos en pobreza y miseria, simultaneas a mayor represión oficial en contra de los movimientos sociales.

El Neoliberalismo como supuesta solución paradigmática al modelo económico hasta entonces vigente de iniciativas públicas en sectores claves: salud, educación, vivienda, infraestructura, se han aplicado en Honduras a partir de 1990 a la fecha, traducido en privatizaciones de entes estatales, proceso acompañado de corrupción, impunidad, desnacionalización, consolidación de elites exportadoras y del estamento castrense a expensas de la autoridad civil, daños ambientales y ecológicos resultado del modelo extractivista de los recursos naturales, sin previa consulta con las comunidades afectadas, reprimidas y judicializadas cuando reclaman la contaminación de sus aguas y suelos.

El impacto del huracán Mitch en 1998, superó en destrucción masiva los daños ocurridos en anteriores desastres naturales. Millares de víctimas, infraestructura destruida, éxodo migratorio, desnudando la fragilidad y vulnerabilidad producto de masivas deforestaciones, erosión de las montañas, extracción de arena del lecho de los ríos. La ayuda proveniente de naciones solidarias y de organismos internacionales fue oportuna, debiendo interceder a fin de que la reconstrucción fuera acompañada por la sociedad civil y no solamente por el gobierno, cuya capacidad de respuesta era insuficiente ante la magnitud del colapso.

## **SIGLO XXI: TENDENCIAS PREOCUPANTES**

La aspiración colectiva del pueblo hondureño por convivir en paz y armonía, con democracia participativa, vigencia efectiva de los derechos humanos, en sociedad con igualdad de oportunidades, incluyente y con desarrollo humano integral en salud, educación, vivienda, empleo, se ve crecientemente frustrada por un conjunto de factores que se interponen y nulifican tan justo anhelo: la violencia que sega vidas a diario en ambientes de cotidiano temor e incertidumbre provocados por la delincuencia común y el crimen organizado.

Cada vez nuestros compatriotas presencian impotentes como sus existencias quedan reducidas a precarias supervivencias ante el notorio deterioro en sus condiciones materiales, con aun mayores niveles de empobrecimiento y miseria ante el sistemático saqueo, en total impunidad, por los atracadores del erario.

Los avances en el aprendizaje democrático retomados a partir de 1982, con el retorno al orden constitucional tras quedar atrás gobiernos de facto, han sufrido retrocesos al violentarse -desde el poder-, artículos pétreos de la Carta Fundamental por iniciativa del Ejecutivo y la anuencia del Judicial y Legislativo.

El conjunto de estos factores, combinados, crean inestabilidad, desesperanza, perdida de fe y credibilidad en la institucionalidad. El cada vez mayor abstencionismo electoral al momento de depositar el voto elocuentemente confirma el rechazo ciudadano a la manipulación de los resultados.

La pandemia del COVID-19 más la destrucción en vidas y haberes por dos huracanes, uno inmediatamente después del otro, durante el 2020, constituyeron el tiro de gracia -material y anímico-, que obliga a más y más compatriotas a intentar encontrar en el extranjero aquello que les es negado en su lar natal, hoy secuestrado por elites que lejos de inspirar reciben justificados rechazos y repudios al haber capturado al Estado para su provecho y beneficio.

La oposición política, fragmentada, meramente busca cuotas de poder para sus dirigencias antes que defender el bien común, careciendo de propuestas reales, que inspiren de nueva cuenta a sus compatriotas a creer que es posible una nueva sociedad generosa, compasiva, fraterna.

Si es posible revertir tendencias negativas que empobrecen el cuerpo y el alma de la nación hondureña, narcotráfico, violencia, corrupción, impunidad. Para lograrlo, se requiere de la unidad de sus habitantes, más allá de su afiliación política, posición ideológica, clase social y económica. De nosotros debe depender el rescate de la Patria.





## **BIBLIOGRAFÍA**

Cardoso, Ciro F y Pérez Brignoli, Héctor. Centro América y La Economía Occidental 1520-1930, UCR, San José, 1977.



VISION FIESTA

1	<b>Rolando Sierra</b>	Interpretación y balance del bicentenario de la independencia de Centroamérica: una lectura desde la obra de Ramón Oqueli.
2	<b>Mario Argueta</b>	Tres momentos en la conformación de la identidad nacional hondureña.
3	<b>Segisfredo Infante</b>	El Cicerón de América Central y México.
4	<b>Libny Ventura Lara</b>	Los Criptojudíos de Honduras.
5	<b>Óscar Núñez Sandoval</b>	Sucesos relevantes en la historia de Honduras.
6	<b>Rony Castillo Güity</b>	La pedagogía de los desplazados ¿Cómo enfrentar un bicentenario de colonialismo interno?

VISION DE DESARROLLO

7	<b>Mario Posas</b>	El Estado y la construcción de la nación en Honduras.
8	<b>Marvin Barahona</b>	Tres momentos significativos en la construcción del Estado, la nación y la identidad nacional en Honduras.
9	<b>Julio Escoto</b>	Mecanismos distractorios en la política centroamericana del siglo XIX.
10	<b>Xiomara Bu</b>	Contexto histórico del debate en torno al concepto de los derechos humanos: hacia la construcción de una cultura de derechos humanos en Honduras.
11	<b>Darío Euraque</b>	Estado y etnicidad en la historiografía, historia y futuro de Honduras.
12	<b>Yesenia Martínez</b>	El Estado y la salud pública en Honduras. Entre contextos históricos, coyunturas y un futuro cercano.
13	<b>Mauricio Díaz Burdett</b>	Una propuesta de reconversión de Honduras centrada en los cimientos intelectuales de la independencia patria.
14	<b>Pedro Morazán</b>	¿De la pandemia al nuevo paradigma?
15	<b>Ramón Romero</b>	Ética ciudadana y desarrollo.
16	<b>María Eugenia Ramos</b>	Yo, tú, ellos, nosotros: apuntes sobre la praxis poética y vital de Clementina Suárez.
17	<b>Mario Membreño Cedillo</b>	Alfonso Guillén Zelaya: el sujeto político y la conciencia ética.
18	<b>Rafael Jerez</b>	El camino de régimen híbrido a democracia plena.
19	<b>Gina Kawas</b>	Violencia de género y migración en Honduras.

20	<b>Irma Becerra</b>	Constitución social de Honduras como pensamiento positivo de Ramón Rosa: su vigencia actual.
21	<b>Sergio A. Membreño Cedillo</b>	Desarrollo humano, ética y ciudadanía en el siglo XXI.
22	<b>Rafael del Cid</b>	Independencia y unidad: oportunidades y frustraciones en la construcción de la nación.
23	<b>Álvaro Cáliz</b>	Honduras 2021: un momento ineludible para repensar el futuro.
24	<b>José B. Falck</b>	Agricultura, seguridad alimentaria, desarrollo y protección ambiental: un futuro para Honduras basado en la ciencia, tecnología en innovación.
25	<b>Rodolfo Pastor Fasquelle</b>	El bicentenario de la independencia como nuevo punto de partida para ensayar Centroamérica.





